

G. A. M.

Cara Norte de la Torre de Marboré

POR ANGEL A. ROSEN

Refugio de Serradets. Uno de los más bellos y alpinos de los Pirineos.

La noche cae poco a poco. Una noche serena en la que brillan con todo su fulgor millones de finos diamantes plateados. El aire es seco y frío y en el ambiente flotan unas nieblas tenues y vaporosas empujadas por una ligera brisa norteña. Es el augurio del buen tiempo. —¡Si tuviésemos dos días buenos, dos nada más!— Llevamos una semana en Pirineos y esta tarde ha sido la única en que hemos salido de una espesa y pertinaz niebla en la que se desencadenaban violentas tormentas en toda la montaña. Nuestra moral es baja. Al mal tiempo hay que unir dos penosas retiradas, una en la arista del Cilindro y otra en el espolón del Bazillac. La primera por causa de un pequeño accidente y la segunda al vernos sorprendidos por una violenta tempestad de nieve y granizo. Estamos pues, un tanto descorazonados y pensar en la ascensión a la Cara Norte de la Torre me parece un sueño irrealizable en el que pienso friamente y un tanto escéptico.

Delibero con mi compañero de cordada, Luis María Sáenz de Olazagoitia, y decidimos atacar mañana. Son las ocho de la tarde. Todo está preparado: Una mochila para los dos, sacos plumíferos, algo de ropas de repuesto, clavijas de roca, cuñas de madera..., prescindimos de un piolet corto pues suponemos que no habrá dificultades en el hielo. Después esta decisión nos penaría. La mochila va tomando tal volumen y peso que eliminamos el infiernillo, con lo cual nos veremos privados de tomar nada caliente en dos días, que calculamos durará la ascensión.

Cenamos rápidamente y después de recibir los mejores votos de triunfo, por parte del guía del refugio, nos vamos a dormir.

No sé por qué extraña causa, el despertador que había puesto a las tres de la madrugada, suena a las cuatro y media, en aquellos momentos hubiese deseado que no hubiera tocado nunca —¡Se está tan bien en el saco!— Aún me hubiese dado media vuelta si no hubiese sido por la enérgica voz de mi compañero que actúa en mi cerebro como una maza y que dice que no hay que perder un minuto —¡Bastante retraso llevamos ya!— Damos cuenta de un nutritivo desayuno capaz de darnos fuerzas para no comer en el resto del día, y un tanto abotargados abandonamos el refugio.

Las espesas sombras de la noche han sido vencidas por las ténues luces del alba y un tímido resplandor apunta ya en Oriente. Avanzamos rápidamente por los pedregales calcáreos y los empinados neveros que defienden el último resalte del Gran Circo de Gavarnie. En el aún negro cielo se recorta la más negra silueta de la Torre. La tenemos casi sobre nuestras cabezas. La luna que todavía no se ha retirado de su ronda nocturna y que ilumina la pared, arranca destellos plateados a las cascadas de agua que se precipitan por el fallarón y da sombras grotescas a sus chimeneas y grandes desplomes que toman aspecto de feroces monstruos, dando al ambiente un aspecto tétrico y dantesco. Atravesamos sus flancos antes de que la fiera se de cuenta de nuestra presencia y se nos eche encima. Al cabo de una hora de fuerte marcha estamos debajo del nevero couloir, donde creemos empieza la ascensión. Consultamos un apunte que tenemos de la vía y es ahí efectivamente donde comienza.

Antes de proseguir haré un poco de historia sobre la conquista de la Torre por su cara Norte. Los primeros intentos datan del año 1954 y corren a cargo de unos escaladores parisinos cuyos nombres desconozco. Lo cierto es que antes de llegar a la mitad, se retiraron debido a las fantásticas dificultades que ofrece esta parte de la pared. El mismo año son los pirineístas hermanos Ravier y Guy Santamaría quienes la atacan, y al alcanzar el lugar en que llegaron los parisinos les sorprende una fuerte tormenta y abandonan en medio de una tempestad de nieve de la que salen milagrosamente. Al año siguiente vuelven los tenaces Ravier quienes se ven rechazados en dos ocasiones por el gran diedro.

Por fin el 28 y 29 de Septiembre del 56 se presenta un nuevo candidato a la pared, Claude Deformantelle que junto con J. Ravier, el más audaz pirineísta de todos los tiempos, vencedor del Jano, consiguen la más ardua y difícil ascensión hecha hasta ahora en Pirineos.

Tres días invirtieron en la segunda ascensión absoluta los españoles que lograron la 1.^a nacional. Se trataba de un grupo de cinco aragoneses entre los cuales se encontraba Rabada, desaparecido este verano en la Norte del Eiger. Después ha sido repetida tres veces todas ellas a cargo de escaladores franceses.

Antes de ascender por el couloir, que está bastante empinado y cuya nieve era regularmente dura, nos encordamos para mayor seguridad. Enseguida deploramos habernos olvidado el piolet. El avance aunque rápido es peligroso. Nos tenemos que ayudar con un par de clavijas largas de roca en las manos y dando fuertes punterazos lograr puntos de apoyo para los pies, aunque muy precarios. Al cabo de tres tiradas de cuerda abordamos la roca. Para situarnos al pie de la escalada propiamente dicha tenemos que efectuar una travesía horizontal de unos ciento cincuenta metros.

Uno, dos, tres, cuatro..., los largos de cuerda se suceden rápidos. A la progresión no se oponen dificultades serias si bien se desarrolla en un terreno en el que abunda el ver-glass. La travesía, que es un pasillo en plena Torre, empieza a tomar altura con respecto a los neveros interiores que se inclinan suavemente paralelos a la pared, ésto hace que nos sintamos como colgados en pleno cielo. Al cabo de una hora de escalada las terrazas desaparecen bruscamente. Empiezan las grandes dificultades.

Se principia por un fantástico y vertiginoso diedro, que extraplomado en más de cien metros de longitud, semeja un camino dirigido hacia el inmenso cielo. En la parte superior se inclina suavemente hacia un lado, tal como lo hace el

tronco de un cocotero excesivamente agobiado por el peso de su fruto. A nuestros pies están los rastros de las cordadas que nos han precedido, vencedores y vencidos. Trozos de cuerda ya podridos por el paso del tiempo, tacos y estribos de vieja madera así como alguna clavija oxidada que no tardamos en hacerla nuestra. Es un verdadero cementerio de objetos de escalada.

Provisto de cuñas y pitones abordo la roca. Escalo una losa de buenas presas que me lleva a un chimenea donde el ver-glass y el musgo hacen desagradable su superación. Pasada ésta se me agota la cuerda y hago la reunión empotrado en una fisura. Aseguro de un buen pitón, sube mi compañero que se ha de instalar en un estribo. Lo precario de la reunión hace que tenga que partir cuando aún no ha llegado Luis María. Desde este momento escalamos en pleno diedro, la superación es difícil y penosa. Por si fuera poco se clava mal. El tiempo, del que se pierde noción, pasa rápido, al cabo de unas cuantas horas nos encontramos al pie de la temida travesía. Para darle mayor «ambiente» en ella cuelga, ya rota en varios sitios, una cuerda. El sol, el agua y tal vez algunos inviernos que lleva encima le ha dado un extraño color entre blanco y negro. No se puede discernir cuál es su verdadero tinte. Un flanqueo delicado y nos hallamos en plena «traversee». El paso a pesar de ser uno de los más fáciles de la ascensión es altamente espectacular. Hasta ahora, que habíamos ascendido en pleno diedro, no veíamos nada más que roca a derecha e izquierda y encima un poco de cielo. Por el contrario en este momento nos vemos como proyectados en pleno espacio, sólo nos separan de la pared unos insignificantes pedazos de hierro que para colmo de nuestro males se mueven más de lo que fuera de desear.

Empieza nuestro infortunio. A partir de este instante no saldremos de un puro remojón hasta finalizar la escalada. Una auténtica cascada que al verla desde abajo nos entusiasmó por su belleza, pues en ella se fijaban con toda nitidez los colores del Arco Iris, ahora nos hace aborrecerla intensamente. El chorro de agua cae precisamente por el único sitio de la travesía que se encuentra desclavada, y como las clavijas se colocan con dificultad y lleva tiempo el hacerlo, salimos a la siguiente reunión completamente calados. Si al principio en el ardor de la lucha nos refrescó, al cabo de poco tiempo de estar parados, nos acometieron una serie de temblores de los que no nos recuperaríamos hasta pasados dos días.

Las horas corren y vuelan. Cuando llega Luis Mari a la pequeña terraza que precede al primer remojón son ya las dos de la tarde. Nos ha llevado bastante tiempo tender una cuerda fija en pleno flanqueo horizontal. La maniobra es enojosa aunque necesaria, pues en caso de retirada sin ella sería muy difícil y expuesta la vuelta. Dada la hora y el cansancio acumulado decidimos reponer fuerzas. Olazagoitia me mira detrás de sus gafas de escalada, pequeñas, redondas y feas como no he visto otras, me dice, moviendo la cabeza y con una cara blanca, blanca, tan blanca como la nieve que nos rodea —«¡Estos pasos no son como los de Atxarte!»—, ya cambiará, le digo para tranquilizarle, aunque lo dudaba mucho, pues el siguiente largo, según Ravier, es el más difícil. Pero ya daremos cuenta de él después de comer y descansar un poco y veremos las cosas con más optimismo.

Ante mis atónitos ojos y antes que me haya dado cuenta mi compañero se ha comido media lata de «Lunch» tan grande, que creo hubiese habido para media docena de personas. Me tiende la otra mitad, y es mucho mayor mi asombro cuando al cabo de un rato, del contenido de la lata no queda nada. Al modesto

refrigerio suceden un bote de mermelada que la tomamos con unas galletas, así como una dulce pasta de no sé qué extraña composición, que por lo nutritivo es la base de nuestras comidas en la montaña. Y como de la panza sale la danza, ataco muy alegremente el siguiente largo de cuerda. Pronto me veo frenado en seco ante el primer paso horizontal, que lleva a la fisura de 30 metros, principal dificultad de la escalada. ¿Paso?, no paso, artificial, libre, atrás, adelante... vuelvo a la plataforma, ordeno mis ideas y miro el pasaje atentamente. La solución está un poco más abajo. Desciendo unos metros, flanqueo un buen trecho y metido ya en la fisura logro introducir muy apuradamente la primera clavija que tengo a mano. Aunque parecía entrar bien al pasar a un taco que hay metido en la pared, se sale y queda con su respectivo mosquetón, bailando en la cuerda. —Esto me da mucha moral—. La superación de la hendidura se hace extremadamente difícil, aunque hay bastantes tacos puestos en ella la mayoría están ennegrecidos y podridos por el agua que rezuma constantemente de la pared, y hace que sean inservibles, si bien los que ponemos nosotros, justamente encima de los abandonados, quedan muy seguros. En alguna ocasión al martillar una de estas cuñas en la roca podrida, se abre algunos metros más arriba y se desmoronan trozos de pared invariablemente nos caen sobre los hombros y cascos. Al principio me asombré bastante pero acabé acostumbrándome. Cuando llego al exiguo emplazamiento de la reunión es lo suficientemente tarde como para considerar, que tal vez no lleguemos con luz al bouclier (1), y como la única plataforma apta para vivac es la que tengo debajo, en pro de nuestra seguridad, decidimos vivaquear allí. En un penoso e interminable rapel me deslizo hasta donde se halla mi compañero. Para facilitar el ascenso al día siguiente, dejamos colgado todo el material en la roca.

Nuestra plataforma de vivaque es un verdadero nido de águilas prendido en la pared. Es tan angosta que para meternos en nuestros plumíferos y sacos lo tenemos que hacer de uno en uno, y convenientemente asegurado por el otro. Yo dispongo de una pequeña piedra plana para sentarme, mis pies adormecidos, cuelgan en el vacío y tengo que hacer un anillo de cuerda para pasarlo debajo de ellos. El sitio en que está Luis Mari aunque algo mayor tiene el inconveniente de que constantemente le cae una gruesa gota de agua.

Las sombras de la noche caen sobre nuestras cabezas. Una noche inmensa llena de paz y de silencio en que la vida se aparta de esta cara Norte sumiéndola en las negras tinieblas que todo lo ocultan.

Tic... toc... tic... toc..., la gota que invariablemente va a caer sobre el plástico de mi compañero me despierta unas cuantas veces y en una de ellas gozo del fantástico espectáculo que se me ofrece. La luna, que sube poco a poco en un cielo perlado de estrellas, se detiene unos momentos sobre una graciosa y pequeña nube que se confunde entre los nevados picos de las montañas. La luna nos mira y sonríe, luego se va dejando tras sí un ténue resplandor que desaparece lentamente tras las cimas que nos rodean.

La luna nos ha sonreído. —¿Se ríe de nosotros? aprueba nuestra aventura, o simplemente no comprende el por qué de nuestra situación?— Pero todo esto ha sido un extraño sueño.

A nuestros pies muy debajo y entre suaves nieblas que corrotean por el valle, hormiguean unos puntos luminosos. Son las luces de Gavarnie que velan en la fría noche estival rasgando con sus haces las tenebrosas penumbras.

Muy lentamente el día nace, y tímidamente aparecen sus primeras luces. Nos desperezamos dentro de nuestros sacos, pero antes de salir de sus tibiezas esperamos que el sol nos de algo de su calor. El frío es muy intenso y el agua de la gotera ha puesto sobre el saco de Olazaqoitia una capa de hielo que cruje cuando éste se mueve dándome la sensación de que se encuentra metido en una armadura metálica sin engrasar.

Unos pajarracos, de cuya presencia no nos hemos dado cuenta, tienen su nido una veintena de metros más arriba que nosotros. Ellos parece que tampoco han reparado en nosotros, pues ahora al vernos revoloteaban ruidosamente en torno nuestro lanzando extraños gritos —¡Estos tampoco nos entienden!—.

El sol que se eleva rápidamente arrastrando tras sí su carro de fuego pone en las rojizas rocas del Marboré un extraño color de oro viejo y tiñe sus couloires y glaciares de un pálido color rosa. Confortados por el calor natural nos apresuramos a salir del vivaque y entrar rápidamente en acción. Esta pared norte no ve el sol más que una hora escasa al día, y no tenemos que desaprovecharla.

El siguiente trozo de ascensión, que ya conozco y en el que se hallan puesto todos los mosquetones y una cuerda fija, nos cuesta poco flanquearlo. La reunión es mala, ha de hacerse prácticamente sobre estribos y entre malas clavijas.

El otro paso consiste en la superación de un techo infame. Roca podrida en la que se clava dificultosamente. No quiero ni pensar en la posibilidad de que se desprendiesen los pitones, tal vez arrancase a mi compañero y volaríamos en mortal caída hacia el valle. Al techo sucede una travesía parecida al primer flaqueo, pero en sentido inverso, que nos vuelve a llevar al fondo del temido diedro. El relevo seguro, se halla debajo precisamente donde cae una fuerte cortina de agua. En pocos minutos y antes de que mande subir a Luis Mari, estoy calado y tiemblo sin poder contenerme. La progresión de mi compañero me parece lenta, lenta, muy lenta, desesperadamente lenta. Cuando llega a mi lado parece que ha pasado todo un día. Le hago proseguir, para evitar que se moje pues su ropa es la única que tenemos relativamente seca, y a mí me da lo mismo estar otro rato sumergido en este líquido helado. Este largo llega directamente al bouclier, discurre por el fondo del diedro, y es un clásico paso de sexto grado, pero también pasado por agua. La posibilidad de tener algo de ropa seca, se esfuma ante nuestros ojos.

Mi compañero ha llegado al bouclier y salgo precipitadamente hacia él. Mis músculos entumecidos, mi cerebro agotado y la pesada mochila a la espalda hacen que este pasaje sea sumamente desagradable y difícil. Mi espíritu tenso como la cuerda que nos une y duro como la roca, mi afán de éxito hacen que esté seguro de que ya nada nos detendrá hasta la cumbre. Si se compara la angostez de la pequeña canal por donde salgo con las amplias terrazas que hallo hacen que me sienta proyectado en pleno espacio, sin que nada me una a la roca.

Estaba tiritando, no reaccioné hasta pasado un buen rato. Rápidamente escurrimos nuestros vestidos y los tendemos, sobre las rocas, esperando que el aire nos los seque.

Un tanto ligeros de ropa iniciamos unos violentos ejercicios gimnásticos, para ver de entrar en reacción nuestros enquistados cuerpos, que ya han tomado el color de un campo de violetas. Estos movimientos, según nos dijeron después, fueron seguidos con mucho interés y mayor regocijo por un grupo de observa-

dores que desde el día anterior seguían nuestra ascensión por medio de unos potentes catalejos que se encuentran en la mayoría de los hoteles de Gavarnie.

Nos metemos en nuestros sacos que nos proporcionan un agradable calorillo y como es casi mediodía y no hemos desayunado, nos disponemos a comer lo poco que nos queda. Descansamos un par de horas y proseguimos.

Hoy hemos de dormir en el refugio. El meternos en nuestras ropas, todavía muy húmedas, nos produce toda la desagradable sensación de estar tomando un baño frío en un día de invierno.

Nos elevamos velozmente por un terreno relativamente fácil. Un pequeño muro que es superado con un par de estribos nos lleva al pie de un nevero, el cual se hunde en un negra gruta. Avanzamos cautelosamente por este glaciar suspendido con ayuda del martillo de roca y nos metemos en una chimenea. La superación de esta parte de la pared es enteramente libre y se hace muy rápida. Cuando creíamos que ya no íbamos a mojarnos más, inevitablemente tenemos que flanquear un chimenea por cuyo fondo discurre un verdadero aluvión de agua que sueltan los neveros superiores. Al principio progresamos en ella con mucho cuidado, tratando de evitar el chorro, pero a la mitad del recorrido el remojón es inevitable. El agua penetra por las mangas y el cuello del anorak y se siente correr por la camisa y pantalones hasta llegar a las medias. Pero ya no nos importa.

Unas cortas travesías en ziz-zag por todo un terreno cubierto de verglas nos llevan a los neveros superiores. Caminamos los dos a la vez por este glaciar colgado de la pared, hasta dar con la última defensa de la Torre de Marboré.

Esta es corta, unos treinta metros, nos lleva a la arista cimera bañada por un sol que nos ciega y sofoca. Prácticamente nos arrastramos hasta la cumbre. Todavía son las cuatro de la tarde de un día maravillosamente azul y diáfano. Bajamos unos metros de la cumbre y nos echamos sobre las losas calientes de la cara Sur.

Estamos sucios y rotos, mis pantalones cuelgan desgarrados muy por debajo de la rodilla y mi anorak de tela, no lo reconozco como mío. Mi amigo me sonríe con una cara desencajada de perro opaleado y hambriento, pero sonríe. Hemos conseguido una magnífica ascensión. La temida cara Norte nos ha castigado duramente, por haber tenido la osadía de desafiarla, pero hemos vencido, y hemos aceptado el castigo deportivamente, con la alegría del que sabe que no va a conseguir nada a cambio de su sufrimiento y de su angustia, que no sea su propia satisfacción y conformismo. Esta ha sido la primera ascensión difícil de Luis Mari en Pirineos, de la que se ve recompensado ampliamente, pues sonríe.

Ascensión realizada los días 8 y 9 de Agosto de 1963 por Angel Alexandre Rosen y Luis María Saenz de Olazagoitia de la Sociedad Excursionista Manuel Iradier de Vitoria.